Obituario Luis Estrada Martínez.

Es un lugar común referirse a Luis Estrada como uno de los pioneros de la divulgación de la ciencia en México y en la UNAM, como un gran académico y un maestro apreciado por sus alumnos y colegas. Habrá muchas otras personas mejor calificadas que yo para hablar de sus méritos académicos y de cómo era convivir con él en el trabajo diario y en las diversas actividades que desarrollaba, para cumplir con una de las tres tareas principales de la Universidad Nacional, tal vez la menos recordada pero no menos urgente: la divulgación del conocimiento que se produce en la misma Universidad, junto con la investigación y la docencia.

Pienso que ninguno de estos méritos describe completamente a Luis, no son exagerados, pero son sólo una parte de la gran personalidad que quiero elogiar, pues dicho sea de una vez, Luis era, entre muchas otras cosas, mi tío. De hecho con el paso de los años y conforme conocía a más y más gente que tenía o había tenido algún tipo de contacto con él y lo tenía en muy buena estima, tuve que acostumbrarme a referirme a él de una manera mas sobria y objetiva cuando hablaba de él con quienes no necesariamente tenían conocimiento de cuál era la manera familiar con la que lo llamábamos de cariño entre nosotros y que no tenía mayor sentido divulgar ese aspecto de la vida familiar.

Tal vez los estudiantes y divulgadores más jóvenes y las nuevas generaciones no estén del todo familiarizadas con el trabajo de mi tío Luis, pero es importante reconocer que él y un grupo de académicos y científicos comenzaron a trabajar en la divulgación de la ciencia hace mas de 40 años y que existan tantos espacios y posibilidades para hacer divulgación se debe a su incesante labor. Recuerdo que había veces en las que mi tío expresaba cierto pesimismo, pues sentía que aún había mucho que hacer, muchas batallas que dar y que no veía un camino claro para lograr que la cultura científica se integrara realmente a la cultura general de las personas. Yo siempre he pensado que fue gracias a su labor y a la de los pioneros, como Juan José Rivaud, que hoy tengamos la posibilidad y el deber de seguir dando batalla por lograr que la divulgación sea una actividad tan importante para la Universidad como lo son la investigación y la docencia.

Menciono particularmente a Rivaud, otro de los grandes iniciadores de esta tarea colectiva, porque mi tío Luis tenía una compleja relación de amistad con él, no siempre estaban de acuerdo en algunos detalles o en aspectos fundamentales de su quehacer; sin embargo, siempre estuvieron dispuestos a dialogar con toda honestidad, y sobre todo con honestidad intelectual –cosa cada vez mas rara– para favorecer un fin mas grande, una tarea tan loable como la divulgación, pues hay que entender que para ellos la divulgación fue un medio para lograr que la cultura científica se integrara a la cultura general de las personas y contribuir para que la sociedad esté cada vez más y mejor informada de lo que es la ciencia. Ellos no veían la divulgación como un fin, es decir, como una plataforma de engrandecimiento personal para construir carreras políticas o hacerse de una parte de los presupuestos institucionales, pero me parece que de estos aspectos otras personas estarán mas autorizadas que yo para exponerlos.

Algo que puedo contar de manera más personal es que en cierta época tuve un distanciamiento con mi tío Luis, concretamente en la época en la que empecé a estudiar filosofía, y que se debió a ciertas diferencias que teníamos sobre la relación entre la filosofía y la física o alguna bagatela similar. Años después, me encontré haciendo divulgación de la filosofía en Radio UNAM, más sereno, menos

militante de mis opiniones y me di cuenta de que las distancias teóricas entre la filosofía y la física eran menores a las coincidencias que podían existir entre la filosofía y las ciencias; que también era urgente hacer divulgación de las humanidades y que podía retomar el trabajo y los antecedentes de los divulgadores de la ciencia y no pretender ser el primero en inventar el hilo negro de la divulgación, pues finalmente el modelo de divulgación de la ciencia que mi tío había desarrollado hace años era no sólo vigente y activo, sino que era posible usarlo como punto de partida para la divulgación de la filosofía, y que además mi tío estaban a la mano y dispuesto a ayudarme con todo lo que quisiera, para afinar mis ideas y empezar esa otra batalla que consiste en lograr que la divulgación de las humanidades, y particularmente de la filosofía apenas empezaba se desarrollara con amplitud y profundidad. Alguna vez que me animaba a seguir en esa labor había un cierto dejo de su pesimismo característico, pero también cierta esperanza de que en el futuro no tuviéramos que seguir luchando por hacer de la divulgación una tarea indispensable de la Universidad Nacional.

Desde el principio me sorprendió su disposición al dialogo y a expresar su pensamiento sin más, su honestidad, su pensamiento complejo y a veces abismante, y de entrever una nueva perspectiva en la que deponíamos nuestras diferencias de años anteriores y que era posible pensar en una relación más cercana y saludable entre las humanidades y ciencias, claro, con una diferencia: él pensaba que el mejor puente se encontraba entre la biología y la sociología, mientras yo pienso que está en la filosofía y las matemáticas. Esas diferencias no eran tan relevantes al final, pues lo importante es la necesidad de buscar formas de colaboración y de acercamiento.

Y para terminar, sí hay una anécdota familiar que puedo contar y que ilustra a la perfección la vocación, o el gusto que tenía mi tío Luis por compartir las ideas y el conocimiento que a él mismo le entusiasmaban y le apasionaban. Cuando era adolescente solía salir de paseo con mi madre básicamente a donde ella quisiera –ella entonces era una niña–, y casi siempre iban al Museo del Chopo a ver el esqueleto de un dinosaurio, según me ha contado mi madre, porque a ella le gustaba ir con él y escucharlo cuando le explicaba lo que sabía de los dinosaurios, y porque a él le gustaba llevarla y explicarle, y que ella se interesara en lo que él le decía.

De todas las cosas que aprendí de él y que compartimos en estos últimos años y que recordaré no es sólo el interés y asumir los retos que implica la divulgación –de la ciencia y de la filosofía–, sino su calidez humana, su sencillez, su paciencia y apertura para dialogar y discutir, la disposición para compartir el conocimiento. Así como siempre recordaré su risa franca y abierta que me era familiar desde que yo era muy pequeño y mucho antes de que descubriéramos que teníamos mucho que compartir.

Ignacio Bazán Estrada.